

ES evidente que desde los años 60 España ha tenido largos períodos de desarrollo económico, lo que no significa olvidar períodos de dificultades como el de mediados de los años 70 a causa de la primera crisis del petróleo o el período 1992-95 debido a la reconversión industrial. El crecimiento económico ha sido fuerte incluso en períodos de altos niveles de inflación y/o paro. España aprovechó bien las ventajas del tratado preferencial con el Mercado Común, realizó los esfuerzos necesarios para integrarse en el grupo inicial que adoptó el euro, y en general ha aprovechado bien los fondos sociales y estructurales recibidos de la Unión Europea.

Todo ello ha conducido a un fuerte crecimiento de la renta per capita de los españoles, e incluso podría admitirse que a su mejor distribución. El consumo de los españoles ha crecido en términos relativos como en ningún otro país de nuestro entorno europeo, desde las cartillas de racionamiento y los productos de "tipo único" de los años 40 hasta el superconsumismo actual. Si hubiese que definir el consumo de los españoles con unas pinceladas gruesas, tanto si se toman en cuenta los individuos como las administraciones públicas, habría que decir que nos encanta derrochar en lo superfluo y nos fastidia gastar en lo necesario.

No hay que buscar mucho para encontrar toda clase de ejemplos. Dejando aparte bautizos, comuniones y bodas, al español le encanta comprar coches pero luego no lo asegura o solo hace el seguro obligatorio. Y por supuesto protesta por tener que pagar el aparcamiento, pero no deja de utilizar el coche porque suha el precio del combustible. Gasta en vacaciones incluso pagando a plazos el resto del año, pero cuando se trata de comprar los libros y el material para la educación de los hijos las protestas son crecientes. Los mismos padres que protestan del precio de los libros compran a sus hijos los últimos modelos de móvil con capacidad para recibir y transmitir imágenes, música, etc., así como ropa de marca.

A la sociedad española, sin embargo, no parece preocuparle el tema educativo más que para una cosa, para que sus hijos pasen curso y tengan un título universitario. Las instituciones educativas, los contenidos, los recursos, la calidad de la enseñanza, al formar parte de lo necesario y no de lo superfluo, no interesan. Se ha crecido en cantidad, pero no necesariamente en calidad.

No hay aquí espacio para justificar esta afirmación con los argumentos que serían necesarios, pero baste recordar que todos las pruebas com-

# España, gigante económico, ¿enano cultural?

Juan Díez-Nicolás



paradas que se han hecho en estos últimos años con otros países europeos han puesto de relieve que España se encuentra en las posiciones más bajas, tanto en educación primaria como en secundaria y aún más en la universitaria. Pero eso preocupa a la sociedad española en su conjunto mucho menos que el que su equipo de fútbol preferido no se haya clasificado para la siguiente fase de la *Champions League*. El desfase entre el desarrollo económico y el cultural en España es cada vez más notorio, como lo es que el dinero, la cuenta de resultados, se ha convertido en el único baremo de medida del éxito, confirmando como nunca el "tanto tienes, tanto vales".

Lo importante es poder exhibir estadísticas que demuestren que todos los niños españoles están escolarizados, aunque se silencien los niveles de calidad de esa escolaridad, y eso justifica que se defienda el pasar curso con un cierto número de asignaturas pendientes (buena forma de estimular al estudio, el esfuerzo y la perseverancia!), y que se justifique

enseñanza universitaria se refiere, y ello se debe a que en gran número de países europeos se ha considerado siempre (en España también) que la enseñanza universitaria pública debía ser prácticamente gratuita y que se debe estimular el acceso de todos a los estudios universitarios.

Elevar las tasas de las universidades públicas ha constituido siempre un riesgo de conflictos sociales en muchos países europeos, pero la creciente afluencia de jóvenes a las universidades ha incrementado extraordinariamente el gasto público en universidades.

Por otra parte, mientras que los países anglosajones han tenido tradicionalmente tres títulos universitarios (*bachelor*, *master* y *doctor*) con una duración media de cuatro, dos y cinco años respectivamente, en Europa ha sido tradicional tener solo dos, el de licenciado y el de doctor, con duraciones de cinco y cinco años como promedio. Por ello, el actual plan de Bolonia, al reducir a tres-cuatro años la duración del primer título universitario, está en realidad reduciendo el gasto público en universidades, abriendo al sector privado (e incluso al público) un importante negocio al ofrecerles la posibilidad de incrementar las tasas de matrícula para los cursos de master y doctorado, y sin que ello origine protestas ciudadanas.

En el caso de España todo se agudiza debido a estas tres reflexiones finales. Primera, en España la educación pública, en cualquier nivel, ha tenido tradicionalmente más calidad, en términos generales, que la privada. Esto ya no es igual de cierto en los niveles primario y secundario, y está en riesgo de no serlo tampoco en el universitario. Segunda, tradicionalmente en España el título universitario era un instrumento de movilidad social, al seleccionar en función del mérito, mientras que al dejar de ser selectiva se está convirtiendo en un mecanismo de legitimación social para quienes ya están socialmente instalados. Tercera, según escribió el investigador finlandés Huaco hace décadas, las sociedades pre-industriales se caracterizaban porque en ellas el talento necesario y el disponible eran escasos, durante la industrialización el talento necesario era mucho mayor que el disponible (lo que facilitó la movilidad social ascendente a través de la educación), y en las sociedades post-industriales el talento necesario y el disponible son abundantes y semejantes.

la masificación universitaria (otra vez la cantidad sobre la calidad, la demagogia de afirmar que todo el mundo tiene derecho a la educación universitaria, sin cualificarlo con "siempre que se tengan las suficientes aptitudes para ello").

España exhibe una de las proporciones más altas en Europa de población en edad universitaria matriculada en estudios universitarios. Pero no se dice que eso se debe a dos razones principales: que apenas hay selectividad para acceder a la universidad, y que las familias mantienen a los hijos en el hogar para que puedan seguir estudiando y saquen su título "como sea" (un estilo que al parecer se ha convertido en típico de nuestra nueva cultura).

Un reciente informe señalaba que Europa ha perdido la carrera con Estados Unidos en lo que a calidad de

▼ Juan Díez-Nicolás es catedrático de Sociología en la Universidad Complutense y presidente de ASEPE.